

Don Quijote, paradigma unamuniano. Primer centenario de la “Vida de Don Quijote y Sancho” (1905-2005)

ALFREDO TAMAYO AYESTARÁN

1. Introducción

En 1905 nuestro Miguel de Unamuno, joven catedrático en la Universidad de Salamanca daba a la luz esta obra que representó como una primera síntesis de su pensamiento al hilo del comentario a la novela de Miguel de Cervantes. En esta obra Unamuno se presenta moderno, precursor del existencialismo y de algunas voces críticas de teólogos que se hicieron oír en los días del Concilio Vaticano II. En el libro se nos muestra un Unamuno crítico de su entorno intelectual, expositor vehemente de sus ideas, amante en momentos de la hipérbole. Su pensamiento filosófico quedaría mejor perfilado años más tarde en su obra “Del sentimiento trágico de la vida” aparecida en 1912. Su interés por otra parte por el personaje de Don Quijote de la Mancha arranca ya muy pronto en un artículo publicado en 1895. Dicho interés se va a extender a todo el decurso de su vida. Artículos aparecidos en revistas y periódicos como “Los Lunes de El Imparcial”, “Nuevo Mundo”, “Vida Nueva”, “El Sol”, “El Progreso”, “Ahora”, “Asturias Gráfica”, dan testimonio de ello.

2. Los paradigmas unamunianos

Paradigma vendría a ser lo mismo que patrón, modelo, figura ejemplar. Tendría su origen en la filosofía platónica quizás de un mundo de las *ideas* al margen de este mundo visible del cual ésta nuestra realidad no es otra cosa que imagen y semejanza (Timeo 24b). Puede coincidir con uno de los múltiples significados de *mito*, es decir, con una figura ejemplar literario-filosófi-

ca de corte antropológico. Unamuno vive un tiempo en que era frecuente la expresión del pensamiento desde figuras de este tipo. Es el tiempo de los paradigmas de Zaratustra (Nietzsche), Abrahán (Kierkegaard), Brand (Ibsen), etc. Nuestro pensador gustó mucho de estos paradigmas, unos de carácter bíblico como Caín y Abel (el hombre envidioso), Jacob (el hombre que lucha con Dios), el padre del evangelio (“ya creo pero ayuda mi incredulidad”: el hombre de la fe agónica). Otros paradigmas pertenecen a la literatura profana: el Oberman de Sènancour, Don Juan y sobre todo Don Quijote de la Mancha. Nuestro pensador tenía una idea muy peculiar del paradigma o mito. No se trata de un mero producto de la fantasía de un autor. Es alguien que goza de una existencia propia, suprahistórica por encima de los autores que nos hablaron de él. Esta idea unamuniana tiene una fuerza especial en el caso del héroe cervantino. En la conocida controversia de su tiempo entre cervantismo y Quijotismo Unamuno optó por este último. Cervantes ha muerto, dice, Don Quijote sigue vivo. Cervantes no hizo otra cosa que sacar a Don Quijote del espíritu de su pueblo. Haciendo uso de la hipérbole nos dice que Cervantes nació sólo para escribir la historia del héroe. Que fue un milagro de Don Quijote el haber hecho que escribiera su historia un autor más bien mediocre en todas sus otras obras. La verdad es que años más tarde, en 1915, confiesa nuestro autor que exageró el culto a Don Quijote a costa de Cervantes.

3. Rasgos del paradigma quijotesco

Para Miguel de Unamuno Don Quijote es ejemplar humano de la máxima riqueza. En primer lugar el personaje *excepcional* que rompe con la ramplonería, la miseria moral, la rutina, la vulgaridad ambiental tipificadas en los personajes cervantinos del Bachiller Sansón Carrasco, del Cura, del Barbero, de la Sobrina. Hay en todo ello una clara censura a la atmósfera irrespirable del medio universitario salmantino, “fortaleza de la ignorancia” en frase de Carlyle. Don Quijote es *el Caballero de la Fe*. El epíteto recuerda a Kierkegaard. Significa en el pensador vasco plenitud de idealismo, de ansia de fama e inmortalidad conseguidas por medio de hazañas únicas en honor de su dama Dulcinea de El Toboso. Don Quijote cree en lo que hace y hace lo que cree. Es sencillo e inocente como un niño. Es radicalmente bueno: “bueno, bueno, bueno”, dirá Unamuno. Pero también es *el Caballero de la Duda*. Porque se inscriben en él dos personalidades: la de Don Quijote, el loco y la de Alonso Quijano, el cuerdo. Por momentos siente el héroe cervantino la nostalgia de lo que podía haber sido su vida si no se le hubiera ocurrido emprender la aventura insensata del caballero andante. Aquí se siente Unamuno especialmente preocupado. Y hermanado con el personaje. Su difícil y perso-

nalísima obra “Cómo se hace una novela” escrita en el exilio de París bajo una fuerte depresión nos ofrece esta misma duda quijotesca. ¿No habría estado él mismo a lo largo de toda su vida representando teatralmente a un personaje que no era su genuino yo?

Don Quijote es asimismo y de modo decidido el *Caballero de la Justicia*. Es el que trata con la mejor voluntad de enderezar entuertos y liberar cautivos. Sabe, dice Don Miguel, hacer justicia pero sin ensañarse en los victimarios. Le impone como castigo al amo que azota a su criado el ir a rendir pleitesía a su dama Dulcinea. No se puede ser nunca verdugo de otros hombres. Dios no lo es ni lo puede ser. Por eso hay que dar de mano a la doctrina de un infierno eterno. A Miguel de Unamuno le emociona el respeto con que trata Don Quijote a “las mujeres del partido” y cómo las “adoncella”. Y hace una defensa acalorada de las prostitutas, de las que “doblan la cerviz a las necesidades del vicio y a la brutalidad del hombre”. La empatía con el héroe le lleva a Unamuno a condolerse con sus sufrimientos y descalabros. Lo mismo que lo hicieran antes Kant, Nabokov (el autor de “Lolita”) y Feodor Dostoievski. Como lo hicieran ellos censura a Cervantes por maltratar al héroe: “Pobre Don Quijote, paseado por la ciudad (Barcelona) con su *ecce homo* a espaldas”. Siente la burla que hacen los Duques de Don Quijote y Sancho y el calificativo de tontos hecho por Cervantes. Los tontos eran en realidad los Duques. Su compenetración con el paradigma cervantino le impulsa asimismo a inquirir “en aquellos misteriosos años en que libre todavía del encanto de los libros de caballerías, había contemplado con paz en serenas tardes la mansedumbre de la reposada Mancha”. También a fantasear sobre su muerte y trasmuerte cuando imagina que antes de subir a los cielos rescata del averno el alma del gigante Mahán, el personaje mítico de la isla de Fuerteventura, tierra de su exilio. Y dentro de este mundo de fantasía imagina que emprende una campaña para lograr la canonización de Don Quijote. “San Quijote” es el título de uno de sus artículos.

4. La comparación con grandes personajes

La explicación y comentario de la peripecia quijotesca que lleva a cabo Miguel de Unamuno comprende como elemento importante la comparación del héroe cervantino con figuras paradigmáticas y familiares para él. Son casi todas ellas personas del universo religioso de nuestro escritor. Está en primer lugar *Jesús de Nazaret, el Cristo*. Desde luego Don Quijote era un buen cristiano, un fiel discípulo de Jesús. Hay entre ellos parecidos externos como el hecho de haber subido una vez a una ciudad, Don Quijote a Barcelona, Jesús

a Jerusalén. Semejanzas más profundas son el hecho de que también Don Quijote tuviera su Gethsemaní, el que Jesús se preocupó de devolver su dignidad a las mujeres de la prostitución como María Magdalena, la canonización del Buen Ladrón (“Hoy estarás conmigo en el paraíso”) a imitación de la cual el héroe cervantino lo hizo con el famoso bandolero catalán Roque Guinart. Unamuno ve en *Iñigo de Loyola* “tales y tan grandes semejanzas” con el personaje de Don Quijote. Es también el héroe, el héroe vasco que no jesuítico. Lo mismo que Don Quijote fue tenido por necio (en Salamanca). Asimismo caballero andante pero a lo divino. Leyó también libros de caballerías y tuvo su Dulcinea, aquella dama que no era condesa ni duquesa sino de un rango más excelso.

La sintonía de Miguel de Unamuno con los místicos españoles es muy fuerte. Con *Teresa de Ávila* en especial. Ellos representan para Unamuno esa religiosidad profunda alejada de cualquier fariseísmo leguleyo. El excelente poema al Cristo de Velázquez da testimonio de ello. Teresa de Jesús es para nuestro pensador el paradigma de la mujer fuerte y sabia que no se deja manejar y empequeñecer por confesores y directores espirituales ineptos. Le agrada aquella sabiduría de la Santa que se aleja de los poderosos y ricos que “no son señores de sí mismos sino esclavos de mil cosas”. Unamuno sintoniza con el sentimiento teresiano de que la vida es muerte y la muerte vida. La agonía y muerte, por fin, de Don Quijote de la Mancha la comenta Unamuno entreverando la prosa cervantina con los versos calderonianos de “La vida es sueño” proferidos por *Segismundo*. Es, a mi parecer, el punto literario-filosófico culminante desde el punto de vista estético de la “Vida de Don Quijote y Sancho”.

5. La primera síntesis ideológica

No se puede olvidar el que la obra de Miguel de Unamuno de comentario a la aventura de Don Quijote y Sancho constituye una primera síntesis de su universo ideológico. El pensador bilbaíno nos proporciona aquí su pensamiento sobre el ser del hombre, sobre el conocimiento humano, sobre la ética, sobre Dios. También sus ideas sociopolíticas.

Unamuno no cree que los *seres humanos* seamos todos iguales ni mucho menos. Ya lo insinuamos antes. Él apuesta por el hombre excelente y siente rechazo por la masa de cobardes, hipócritas, brutos, crueles, vengativos, envidiosos y sádicos. “Yo, Sancho, dice Don Quijote, nací para vivir muriendo y tú para morir comiendo”. Cree además que hay en cada ser humano un yo único e insustituible que clama como Don Quijote: “Yo sé bien quién

soy”. Este yo único e intransferible es la única base sólida para que exista una relación interhumana auténtica. Cree esencial que el yo del hombre sobrevive a la muerte. Si la muerte no es otra cosa que el comienzo de un sueño eterno es mejor no haber nacido.

La obra da también lugar a una *teoría del conocimiento*, a una respuesta a la pregunta de qué es conocer. Aquí se presenta Unamuno lo mismo que en otros lugares de sus obras como un auténtico precursor. Aquí como precursor del existencialismo y su epistemología. Insiste en lo que más tarde insistirían los Heidegger, Sartre, etc: a la realidad humana auténtica se llega no por el razonamiento sino por el sentimiento, no por la lógica, sino por la *cardíaca*. “La congoja, nos dice, nos pone de golpe y porrazo en la entraña de la realidad humana, en el conocimiento sustancial de las cosas”. Verdad es ante todo aquello que nos hace vivir.

También da espacio nuestro pensador a su personal opinión sobre lo que constituye lo *ético* en la conducta humana. Hace una apuesta moral fuerte, muy personal y también discutible. Una moral leguleya, hipócrita, teñida de abogacía, frecuente en el catolicismo le produce rechazo. No es lo mismo cumplir la ley, afirma, que ser bueno. Unamuno da un sí a la ética de la interioridad, del sentimiento. No importarían tanto los efectos de una acción sino el sentimiento del que proceden.. Así lo malo del matar es ante todo el sentimiento del odio del que procede. Fornicar sería malo porque la concupiscencia enfanga nuestro espíritu. Siente empatía por la conducta de los marginales como Roque Guinart y su peculiar código moral.

Miguel de Unamuno no olvida tampoco aquí lo que constituyó seguramente para él el problema máximo: el *problema de Dios*. Combina una teología de tinte brahmánico de un Dios conciencia del universo con la creencia en un Dios evangélico, en el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Y también aquí hace su aparición su intuición de precursor. En los días del Concilio Vaticano II teólogos de vanguardia criticaron el llamado *marianismo* católico, el exceso en el culto a la Virgen María. Unamuno medita sobre el Dios de cierta predicación católica, un Dios severo, juez implacable que amenaza con castigos eternos. Este Dios habría provocado por compensación una casi adoración de María como diosa benigna y maternal.

El pensamiento *sociopolítico* también está presente en el comentario a la obra de Cervantes. Hay una crítica abierta a la clase política de su tiempo. Pide libertad de pensamiento cuando en realidad no se molesta en pensar. El parlamento se asemeja a las veces a una representación de títeres a imitación del retablo de Maese Pedro. La institución de la Iglesia católica es con frecuencia

objeto de crítica. Sobre todo en los eclesiásticos graves, sesudos, pretenciosos, ignorantes. También en la persona de los confesores y directores que infantilizan a los que se confían a ellos.

La derrota española de 1898 con la pérdida de las últimas colonias está presente en la obra unamuniana. España está en una encrucijada. ¿Deberá hispanizarse o europeizarse? Tiene palabras de dura crítica de los desmanes cometidos por los conquistadores pero a la vez se muestra exaltado nacionalista hablando el lenguaje del nacionalismo germánico de los Herder y Hegel como “la idea y el alma eterna de España”, “España pueblo elegido para una nueva misión” etc. En lo que al dominio *social* atañe, revive en ciertos momentos el Unamuno socialista de los primeros tiempos con una crítica implacable del sistema salarial, con una preocupación manifiesta por la reforma del agro español, etc.

Conclusión

Como conclusión de este cuaderno no se me ocurre otra cosa que transcribir una poesía de *Antonio Machado* dedicada a Miguel de Unamuno, de un Machado que bien se merece lo mismo que Alonso Quijano el calificativo de *bueno*. Machado comprendió la singular empatía que unía a Don Miguel con Don Quijote. Dice así:

“Este donquijotesco/don Miguel de Unamuno, fuerte vasco/lleva el arnés grotesco, del buen manchego, Don Miguel camina/jinete do quimérica montura/metiendo espuela de oro a su locura/sin miedo de la lengua que malsina./A un pueblo de arrieros/, lechuzos y tahures y logreros/dicta lecciones de caballería./Y el alma desalmada de su raza/que bajo el golpe de su férrea maza/aún duerme, puede que despierte un día./Quiere enseñar el ceño de la duda/antes de que cabalgue, al caballero/cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda/cerca del corazón la hoja de acero./Tiene el aliento de una estirpe fuerte/que soñó más allá de sus hogares/y que el oro buscó tras de los mares./El señala la gloria tras la muerte./Quiere ser fundador y dice: “Creo,/Dios y adelante el ánima española. Y es tan bueno y mejor que fué Loyola:/sabe a Jesús y escupe al fariseo”.